



**Asamblea General**

PROVISIONAL

A/42/PV.4

21 de septiembre de 1987

ESPAÑOL

---

Cuadragésimo segundo período ordinario de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA CUARTA SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,  
el lunes 21 de septiembre de 1987, a las 10.00 horas

Presidente:

Sr. FLORIN

(República Democrática Alemana)

- Debate general [9]

Declaración formulada por:

Sr. de Abreu Sodré (Brasil)

- Discurso de Su Excelencia el Sr. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América
- Debate general [9] (continuación)

Discurso de Su Excelencia el Sr. Yasuhiro Nakasone, Primer Ministro del Japón

Declaración formulada por:

Sr. Dhanabalan (Singapur)

---

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Se abre la sesión a las 10.05 horas.

TEMA 9 DEL PROGRAMA

DEBATE GENERAL

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Deseo recordar a los representantes que, de conformidad con la decisión aprobada por la Asamblea General en su tercera sesión plenaria, el miércoles 23 de septiembre a las 18.00 horas se cerrará la lista de oradores.

Solicito a las delegaciones que tengan la amabilidad de adelantar de la manera más exacta posible en cuánto calculan el tiempo que tomarán sus intervenciones, con el fin de que podamos planificar la duración de las sesiones de manera ordenada.

Sr. de ABREU SODRE (Brasil) (interpretación del texto inglés, proporcionado por la delegación, del discurso pronunciado en portugués): Con renovado sentimiento de fe en las Naciones Unidas y una nítida conciencia de su papel vital para el fortalecimiento de la paz y la cooperación entre los pueblos, ocupo por tercera vez esta tribuna.

Aquí están representadas prácticamente todas las naciones del mundo, protagonistas de la comunión universal e igualitaria que auspicia actualmente esta Asamblea. Aquí, todas las naciones - grandes y pequeñas - elevan sus voces libres y soberanas en la discusión de los temas más importantes del programa internacional.

El Brasil tiene el privilegio de abrir este debate, lo que me permite ser el primero en saludarlo, Sr. Presidente, por su elección a la Presidencia de esta Asamblea General y formular votos de pleno éxito en su función. También desearía manifestar mi reconocimiento al Sr. Humayun Choudhury, Ministro de Relaciones Exteriores de Bangladesh, por la forma competente en que condujo los trabajos del cuadragésimo primer período de sesiones de la Asamblea General.



Soy el ejecutor de la política exterior de un Brasil que ha renacido en su práctica democrática, fortalecido en su compromiso con los intereses y aspiraciones de su pueblo y abierto al diálogo franco en el plano internacional.

Hablo en nombre de un país absolutamente fiel a sus tradiciones diplomáticas. Represento también a un país que edifica su futuro con determinación, sin sentirse intimidado por los obstáculos que le impone la realidad del mundo contemporáneo. Desgraciadamente, esta realidad es independiente de la voluntad y de las aspiraciones de la mayoría de los pueblos de la tierra y no siempre se armoniza con los elevados propósitos de esta Organización.

La llamada "crisis del multilateralismo", compromete el esfuerzo de reglamentación jurídica de la vida internacional y socava los cimientos de la cooperación entre los Estados.

El mundo no admite más estructuras asentadas en la supremacía de los pocos y en la sumisión de los muchos. Cada vez se desacreditan más las tentativas de organización de la sociedad internacional por medio de esquemas oligárquicos. Ya no hay más lugar para fórmulas rígidas y excluyentes, ni tampoco para dualismos maníneos ni para las teorías - frecuentemente inspiradas en figuras geométricas - de arbitrario reparto del poder mundial. El mundo sólo conocerá días mejores con una efectiva democratización del orden internacional y, para ello, la función de las Naciones Unidas es de esencial importancia.

Ninguna nación o grupo de naciones tiene derecho o poder de imponer sus propias concepciones y soluciones en el marco cada vez más complejo de las relaciones internacionales. Ningún país puede pretender aislarse o desconocer las aspiraciones universales de la comunidad de naciones.

Veo con satisfacción que las dos superpotencias, mediante el diálogo directo entre sus dirigentes, el Presidente Ronald Reagan y el Secretario General Mikail Gorbachev, parecen buscar el entendimiento más fértil y la confianza mutua que, esperamos, resultará en beneficio para todos los países.

En esa misma línea de evaluación optimista, también tenemos que dejar constancia aquí de la importancia del reciente encuentro entre los dirigentes de la República Federal de Alemania y de la República Democrática Alemana, el Canciller Helmut Kohl y el Presidente Erich Honecker, que marcó un hito histórico que puede conducir a soluciones positivas tendientes a una convivencia madura y constructiva.

En la diplomacia multilateral se perciben algunos indicios de vitalidad alentadora. Uno de ellos fue la creación de la zona de paz y cooperación en el Atlántico Sur, decisión de innegable alcance para la consecución de los principios y propósitos de esta Organización. También existe la esperanza de una solución pacífica del conflicto que, por más de una década, flagela a América Central.

Las Naciones Unidas representan la conciencia de la humanidad de que sólo mediante el diálogo y la persuasión se pueden resolver amigablemente las diferencias que existen entre los Estados. Al adoptar por unanimidad la resolución 598 (1987) sobre el conflicto entre el Irán y el Iraq, el Consejo de Seguridad demostró su capacidad de actuar en forma constructiva para una solución de las controversias que amenazan la paz. Esa acción en favor del restablecimiento de la paz, de conformidad con los términos de la Carta, nos lleva a creer que en otros casos será posible recurrir a la autoridad del Consejo de Seguridad, en el mismo espíritu de conciliación de las posiciones. Estoy convencido de que el potencial diplomático del Consejo de Seguridad debe ser plenamente aprovechado.

Con esta convicción, el Brasil decidió presentar su candidatura a uno de los escaños que corresponde a América Latina en el Consejo de Seguridad. El Brasil cree que se encuentra en posición de hacer una contribución constructiva durante el próximo bienio, en la reactivación del papel del Consejo y para una solución de los problemas que afectan o que pueden afectar la paz y la seguridad internacionales. Nos hemos sentido honrados por el apoyo unánime del grupo latinoamericano a nuestra candidatura, y esperamos merecer también la confianza de esta Asamblea General.

Los últimos indicios de que comienza a aclararse la situación política internacional contrastan con el indefinido prolongamiento de la crisis económica. La magnitud de los desafíos que enfrentan los países en desarrollo y la absoluta falta de progreso en el sentido de una transformación del orden económico internacional, son las dos caras de una misma realidad profundamente preocupante.

No existe una honda sensibilidad para el drama y las preocupaciones de las naciones del tercer mundo, cuyo derecho a un destino de realización y de progreso se ve constantemente amenazado. Provengo de un país en desarrollo que nunca cederá este derecho y que está convencido no sólo de la justicia y la legitimidad de sus reivindicaciones, sino también de la viabilidad de sus objetivos en el campo económico y social.

También es motivo de preocupación para la comunidad internacional la persistencia de las crisis políticas que se agravan cuando se recurre a la fuerza en violación de la Carta de las Naciones Unidas. El año pasado señalé en esta Asamblea que donde se encuentra presente la fuerza hoy los estancamientos son más frecuentes que las victorias o las derrotas. El uso de la fuerza o la amenaza del uso de la fuerza no sólo es ilegal, sino que también se ha comprobado que resulta ineficaz.

Esto es lo que acontece en la región del Golfo, donde la máquina de la violencia se encuentra activa y fuera de control. También es verdad en el caso del Africa meridional con la continuación del ambiente tenso provocado por el régimen del apartheid, la demora injustificable en el proceso de la independencia de Namibia y los actos hostiles y agresivos perpetrados por Sudáfrica contra sus vecinos. Sólo la intolerancia, la miopía y la falta de racionalidad de las políticas racistas de Sudáfrica pueden explicar la existencia continua de esta situación, que es una ofensa contra la dignidad humana y viola los principios que rigen las relaciones entre los Estados.

Por otra parte, se torna cada vez más apremiante dar un nuevo impulso a los intentos por alcanzar una paz duradera global y justa en el Oriente Medio. Cree el Brasil que la convocación de una conferencia internacional de paz, bajo los auspicios de las Naciones Unidas y con la participación de todas las partes interesadas, se vuelve cada vez más apremiante. A este respecto, deseo reiterar nuestra consternación por el sufrimiento infligido al pueblo del Líbano, país que merece se respete su integridad.

Esperamos que los acuerdos a que puedan llegar las partes involucradas, con la participación de las Naciones Unidas, puedan llevar rápidamente a la retirada de las fuerzas extranjeras del Afganistán y a la cesación de todas las formas de injerencia exterior, a fin de que el pueblo afgano pueda ejercer su derecho soberano a la libre determinación.

También vemos con preocupación el estancamiento continuo en el caso de las islas Malvinas. El Brasil, que reconoce los derechos soberanos de la Argentina, espera que las partes involucradas escuchen el llamado que se les ha dirigido repetidamente la Asamblea General a fin de que traten, mediante el diálogo, de llegar a una solución negociada de todos los aspectos de la controversia.

Me complace observar que las propuestas hechas desde esta misma tribuna, en 1985, por el Sr. José Sarney, Presidente de mi país, sobre el tema del Atlántico meridional, se aplicaron con éxito a través de la iniciativa que culminó en la aprobación, por la Asamblea General de la resolución 41/11 del 27 de octubre de 1986. La creación de una zona de paz y cooperación del Atlántico sur significó el reconocimiento por la comunidad internacional de la determinación de los países

sudamericanos y africanos de la región de mantener su independencia, soberanía e integridad territorial, y de fomentar la cooperación para un desarrollo económico y social en condiciones de paz y libertad.

Será indispensable contar en el proceso de la puesta en práctica de aquella decisión con la cooperación de buena fe de los demás Estados. Los países militarmente más importantes en especial deben respetar escrupulosamente el estatuto pacífico que gobierna a la región y evitar extender al área del Atlántico meridional rivalidades y conflictos que les son ajenos. No puedo dejar de señalar los graves focos de tensión que continúan existiendo allí y que son perjudiciales para la plena realización de los objetivos y principios de la decisión aprobada por la Asamblea General.

Desde esta tribuna de paz deseo también dejar constancia de la satisfacción con que el Brasil ve la posibilidad de la concertación, a corto plazo, del primer acuerdo en la historia sobre desarme nuclear. Si como todos nosotros deseamos, los Estados Unidos y la Unión Soviética llegan a un entendimiento exitoso sobre las armas atómicas de alcance medio, habremos logrado la primera medida de verdadero desarme, a diferencia de acuerdos anteriores que solo equi lían a medidas paliativas en la carrera de armamentos.

Es evidente que los países más armados asumen la responsabilidad principal en el proceso de desarme. Pero es también irrefutable que otros países tienen el derecho de participar en el proceso de formulación de decisiones sobre problemas que, si bien son generados por algunos, afecta a todos sin excepción. Por lo tanto, consideramos indispensable que las negociaciones entre las superpotencias estén vinculadas con los esfuerzos que se llevan a cabo en los foros multilaterales de desarme, especialmente en la Conferencia de Desarme, a la cual se le ha confiado un mandato específico.

Como lo subrayé en mi declaración en la Séptima Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), el mundo en desarrollo se encuentra sumergido en una profunda crisis y los esfuerzos que se emprenden para reanudar el crecimiento económico se encuentran con una realidad internacional adversa, con estructuras que acentúan las diferencias en lugar de reducirlas. También afirmé en esa oportunidad que el intento por forjar lo nuevo utilizando los modelos del pasado impide la reanudación del crecimiento y del desarrollo sobre una base mundial y la formación de un sistema internacional más justo y equitativo.

El entendimiento a que se llegó sobre el problema de la deuda externa, como figura en la resolución 41/202 del cuadragésimo primer período de sesiones de la Asamblea General, es una indicación de los progresos prometedores que se han realizado y que ahora deben consolidarse. Repito aquí la posición firme y clara de mi país: reconocemos nuestras obligaciones financieras internacionales y vamos a pagar nuestra deuda externa en condiciones justas y razonables. Nadie puede pretender que el Brasil no haya hecho todos los esfuerzos posibles para superar sus dificultades. El Brasil, sin embargo, no puede poner en peligro su desarrollo.

En sus esfuerzos por aprovechar las oportunidades cada vez mayores en el panorama económico, los países en desarrollo afrontan restricciones más severas impuestas por sus asociados industrializados en las esferas de las finanzas, del comercio en bienes y en servicios, y especialmente en la absorción de las tecnologías más modernas.

Esta es una tendencia que socava la lucha heroica de los países en desarrollo para asegurar un futuro digno y próspero a sus pueblos. Es una tendencia que compromete las expectativas de estas naciones en el sentido de una participación más justa y equitativa en la economía internacional - lo cual, más que expectativa, es su derecho innegable.

Brasil no tiene otra alternativa que la de crecer. Debemos satisfacer las necesidades críticas de una vasta población que, en muchas de sus capas, no conoce sino la miseria y el sufrimiento. Para nosotros, el desarrollo no es una opción sino una necesidad imperiosa.

Los esfuerzos emprendidos por los países en desarrollo a fin de crear un nuevo orden económico internacional solamente darán resultado si están acompañados por una acción eficaz que contrarreste las distorsiones que existen en la política de transferencia del conocimiento científico y tecnológico. A este respecto, puede observarse un esfuerzo enérgico por parte de algunos países desarrollados que tratan de crear una nueva división internacional del trabajo, pero una división que resulta desigual y perjudicial para nuestros intereses, ya que obstaculiza nuestro legítimo derecho a tener acceso a los adelantos científicos más recientes y al dominio de las tecnologías de avanzada. Como afirmara el Presidente José Sarney el 4 de septiembre próximo pasado al anunciar que Brasil había alcanzado la tecnología para lograr el uranio enriquecido, Brasil no puede ceder o renunciar a su acceso amplio e irrestricto a toda la gama del conocimiento científico disponible y sus aplicaciones prácticas.

Al respecto, reitero el compromiso de mi país de utilizar la energía nuclear solamente con fines pacíficos. Este compromiso no es sólo incuestionable sino que también se ve apoyado por los efectos positivos que los adelantos tecnológicos del Brasil en esta esfera - conjuntamente con los de otros países hermanos - están generando en beneficio de una mayor cooperación y una confianza recíproca en América Latina. Las iniciativas de colaboración que en este sentido están siendo implementadas entre Brasil y la Argentina, en particular, asegurarán el dominio del ciclo nuclear sin el desarrollo de armas atómicas en nuestro continente. Este propósito común fue puesto de relieve en el intercambio de correspondencia entre los Presidentes José Sarney y Raúl Alfonsín en ocasión de anunciarse públicamente que el Brasil había adquirido la tecnología para enriquecer el uranio.

Resulta sumamente alentador que América Latina demuestre su capacidad de dar respuestas prácticas y creativas a sus propios problemas. A este respecto, desearía citar el ejemplo de la acción dinámica que viene realizando el Grupo de Contadora - con el apoyo político del Grupo de Apoyo del que Brasil es miembro - en su propósito de alcanzar una solución genuinamente latinoamericana al conflicto en la América Central.

En nombre de mi Gobierno, deseo elogiar los importantes acuerdos alcanzados el 7 de agosto próximo pasado en Guatemala. En esa oportunidad, los Jefes de Estado de cinco países centroamericanos dieron una demostración clara e histórica de la voluntad política de resolver ese conflicto. Brasil estima que el acuerdo firmado en esa ocasión ofrece una oportunidad única de garantizar la paz en la región. Con esa finalidad ha prestado su contribución activa y desinteresada a los entendimientos que culminaron en la decisión aprobada el 22 de agosto próximo pasado en Caracas, de crear una Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento.

A juicio del Brasil los resultados de las recientes gestiones en procura de una solución pacífica de la crisis centroamericana indican que los países de la región están en condiciones de encontrar los caminos para poner término a un conflicto que preocupa y afecta a toda la América Latina. Para ello, es imprescindible que todos los otros países con vínculos e intereses en la región eviten actitudes que puedan tornar no viables esas soluciones.

Esta misma capacidad de Latinoamérica de encontrar sus propias soluciones a los problemas del continente se ve corroborada por la creación del mecanismo permanente de consulta y coordinación política que se instituyó como resultado de la fructífera experiencia adquirida durante más de dos años de contactos sucesivos entre los ocho países que integran el Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo.

La decisión adoptada el mes pasado por esos países en la ciudad de San Pablo, de comenzar a celebrar reuniones periódicas a nivel presidencial, es una indicación de que el proceso de coordinación regional iniciado en Río de Janeiro ha madurado rápidamente. De hecho, el Grupo de los Ocho es parte integrante de un proceso de entendimiento regional más amplio, entre cuyas múltiples facetas figuran los renovados esfuerzos en pro de la integración de América Latina, que tanto Brasil como los otros países de la región han estado fomentando ante diversos foros, como la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE) y el Consenso de Cartagena.



Deseo reafirmar ante este foro mundial la importancia que mi país otorga a los acuerdos de integración y cooperación económica concertados con la Argentina y el Uruguay el año pasado. Estos acuerdos revisten un significado verdaderamente histórico que testimonia nuestra fraternal determinación de crecer juntos, fortalecer nuestras instituciones democráticas y contribuir al éxito de una empresa mayor - hoy más cercana que ayer -: la integración de toda Latinoamérica.

Mis palabras de hoy han expresado mayor optimismo y esperanza que las que pronunciara desde esta tribuna el año pasado. Esta actitud puede explicarse a la luz de algunos aspectos positivos del panorama internacional actual.

Frente a ese optimismo y esa esperanza, no puedo ocultar mi desilusión y también mi indignación ante los desequilibrios y desigualdades que siguen existiendo en el panorama económico internacional. Los progresos registrados últimamente en la esfera política no se ven acompañados por adelantos en la lucha contra la pobreza y la miseria. Por el contrario, cada vez se advierten más la falta de sensibilidad y la actitud inflexible de los países desarrollados en cuestiones de comercio, finanzas y transferencia de tecnología.

Mi país atraviesa actualmente por un período de importancia vital para la definición de sus rumbos políticos e institucionales. Estamos por aprobar una nueva Constitución dentro del marco del perfeccionamiento de nuestra vida democrática.

El Brasil está dispuesto a continuar en su camino hacia la paz y la construcción. Ese es el camino que conduce al progreso y la prosperidad de nuestro pueblo, en una creciente armonía y estrecha cooperación con los países amigos.

Se suspende la sesión a las 10.45 horas y se reanuda a las 11.00 horas.

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL SR. RONALD REAGAN, PRESIDENTE DE LOS  
ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Esta mañana la Asamblea escuchará un discurso del Presidente de los Estados Unidos de América.

El Sr. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado al salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a la Asamblea General de las Naciones Unidas a Su Excelencia el Sr. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América, y lo invito a formular su declaración.

El PRESIDENTE REAGAN (interpretación del inglés): Permítaseme, en primer término, dar la bienvenida al Secretario General que ha regresado de su peregrinaje de paz por el Oriente Medio. Cientos de miles de personas ya han caído en el conflicto sangriento entre el Irán y el Iraq. Todos los hombres y mujeres de buena voluntad ruegan porque se ponga pronto fin a la carnicería y rogamos por que el Secretario General no haya sido sólo un peregrino, sino que se torne en un arquitecto de la paz perdurable entre ambas naciones. Señor Secretario General: Los Estados Unidos lo apoyan y que Dios le guíe en la labor que le aguarda.

Al igual que el Secretario General, todos los aquí congregados estamos en una suerte de peregrinaje. Procedemos de todos los continentes, de todas las razas, de la mayor parte de las religiones, y nos congregamos en este gran recinto de esperanza, donde en nombre de la paz, practicamos la diplomacia. Ahora bien, la diplomacia, desde luego es un arte sutil y delicado, tanto que cuando falleció uno de los diplomáticos más duchos del siglo XIX, otros se preguntaron al enterarse: "¿Qué habrá querido decir el viejo zorro con eso?"

Sin embargo, el verdadero estadista requiere no solamente aptitud, sino algo mayor, algo que llamamos visión; una comprensión del presente y de las posibilidades del futuro. Hoy he venido aquí para proyectarles mi propia visión del futuro del mundo, que, a mi juicio, en sus elementos esenciales, es compartida por todos los norteamericanos. Espero que quienes consideren las cosas de manera

diferente no tengan inconvenientes cuando les diga que en los Estados Unidos pensamos que no es en las masas continentales ni en las rutas marítimas donde primero hay que buscar la imagen del futuro, aunque la geografía, obviamente, es de gran importancia. Tampoco en las reservas nacionales de sangre y de hierro o, por otra parte, de dinero y de capacidad industrial, aunque, naturalmente, el poderío militar y económico es también crucial. Comenzamos por algo que es más simple y sin embargo más profundo: el corazón humano.

Por todo el mundo hoy día las aspiraciones del corazón humano han reorientado el rumbo de los asuntos internacionales, haciendo un mentís al mito del materialismo y del determinismo histórico. Sólo tenemos que abrir los ojos para ver las sencillas aspiraciones de la gente de la calle, escritas en grandes trazos en el historial de nuestros tiempos.

El año pasado, en las Filipinas, el pueblo reencendió el espíritu de la democracia y restauró el proceso electoral. Algunos dicen que se trató de un milagro y si es así, un milagro similar - una transición a la democracia - se está produciendo en la República de Corea. También se está produciendo una transición en Haití. Algunos se desesperan cuando estas nuevas y jóvenes democracias enfrentan conflictos o desafíos, pero los dolores del crecimiento son normales en las democracias. Los Estados Unidos también los padecieron, como cualquier otra democracia de la Tierra.

Asimismo, en América Latina pueden escucharse los ecos de las voces de la libertad resonando en las cumbres o en las planicies. Se trata del cantar del pueblo común marchando hacia las urnas, no en uniformes, o en formaciones militares, sino en ropas de trabajo de todos los días. Hace diez años sólo una tercera parte de la población de Latinoamérica y del Caribe vivía en democracia o en países que miraban hacia ella. Hoy día es más del 90%.

Pero este movimiento planetario hacia la democracia no es la única forma como la gente sencilla nos va orientando en esta sala - a nosotros, de quienes se dice que hacemos la historia - hacia el futuro. Por todo el mundo nuevas empresas, nuevos crecimientos económicos y nuevas tecnologías van surgiendo de los talleres de la gente común con sueños extraordinarios.

Aquí, en los Estados Unidos la energía empresarial, revigorizada cuando sancionamos impuestos y regulaciones, ha alimentado la actual expansión económica. Según investigadores del Massachusetts Institute of Technology, el 75% de más de los 13.500.000 nuevos empleos creados desde el comienzo de nuestra expansión han

procedido de empresas de menos de 100 empleados; negocios iniciados por gente común que se atrevió a correr un riesgo. Y muchas de nuestras máximas tecnologías fueron inicialmente elaboradas en los garajes de incipientes empresarios. Sin embargo, Norteamérica no es el único o quizás el mejor ejemplo del dinamismo y de los sueños que libera las libertades de los mercados.

En India y en China, la mayor libertad de mercados para los campesinos ha producido una explosión en la producción. En el Africa, los gobiernos reconsideran su política y donde se ha concedido una mayor libertad económica a los campesinos, la producción agrícola ha mejorado. Entre tanto, en los países recientemente industrializados del anillo del Pacífico la libertad de los mercados en materia de servicios y de manufacturas, así como en la agricultura, han creado un crecimiento enorme de los niveles de vida. El Japón, Corea y Taiwán, países de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN), han creado un verdadero milagro económico en los últimos dos decenios, y en cada uno de ellos gran parte de la magia procedió de gente sencilla que prosperó como empresario.

En América Latina, la misma lección de los mercados libres, de mayores oportunidades y de crecimiento está siendo estudiada y puesta en práctica. El Presidente Sarney, del Brasil, habló en nombre de muchos cuando dijo que "la iniciativa privada es el motor del desarrollo económico. En el Brasil hemos aprendido que cada vez que aumenta la penetración del Estado en la economía, disminuye nuestra libertad". Efectivamente, las políticas que permiten que vuelen los sueños de la gente común se multiplican por todo el mundo. Desde Colombia a Turquía y a Indonesia, los gobiernos reducen impuestos, modifican sus imposiciones, examinan sus regulaciones y abren oportunidades a la iniciativa.

Mucho se ha hablado en las salas de este edificio acerca del "derecho al desarrollo". Pero cada vez hay más pruebas de que el desarrollo no es en sí mismo un derecho. Se trata del resultado de diversos derechos: del derecho a la propiedad; del derecho a comprar y a vender libremente, del derecho a contratar; del derecho a verse libre de gravámenes y regulaciones excesivas y de un gobierno oneroso. Ciertos estudios han determinado que países con bajas tasas de impuestos crecen más rápidamente que los que tienen tasas muy elevadas de impuestos. Todos estamos familiarizados con el fenómeno de la "economía informal". El científico Hernando de Soto, y sus colegas han examinado la situación de un país - el Perú -, y hablan de una economía de los pobres que soslaya las disposiciones asfixiantes y el enorme peso impositivo. Esta economía "no estructurada", como la llaman los investigadores, es en muchos casos la principal suministradora de muchos bienes y servicios y, con frecuencia, la única escalera que permite la movilidad ascendente.

En la capital representa casi la totalidad del transporte público y la mayor parte de los mercados callejeros, y los investigadores han concluido que, merced a la economía no estructurada, "los pobres pueden trabajar, viajar y tener un techo sobre sus cabezas". Podrían haber añadido que al constituir esta clase de empresas o trabajando para ellas los pobres se han hecho menos pobres y la nación ha devenido más rica.

Quienes propician soluciones estatales al desarrollo debieran tomar nota de que el mercado libre es la otra senda del desarrollo y la verdadera, y que, a diferencia de muchas otras sendas, lleva a algún sitio y funciona.

Así que aquí pienso que podemos encontrar el mapa del futuro del mundo, en el corazón de las gentes comunes, en sus esperanzas para con ellos mismos y sus hijos, en sus oraciones cuando van a dormir con sus familias cada noche. Estas gentes comunes son los gigantes de la Tierra, los verdaderos arquitectos del mundo y los formadores de los siglos que vendrán. Y si, en definitiva, triunfan como pienso que lo harán, conoceremos al final un mundo de paz y libertad, oportunidad y esperanza y, en efecto, de democracia; un mundo en que el espíritu de la humanidad conquiste finalmente a los antiguos y conocidos enemigos: el hambre, las enfermedades, la tiranía y la guerra.

Esta es mi visión; esta es la visión de Norteamérica. Comprendo que algunos de los gobiernos aquí representados tienen otras ideas. Hay quienes no creen en la democracia ni en las libertades políticas, económicas ni religiosas. Algunos creen en la dictadura, sea unipersonal o de un partido, de una clase, de una raza o de una vanguardia. A esos gobiernos no tengo más que decir que el precio de la opresión es evidente. Sus economías irán rezagándose más y más; sus pueblos se volverán más y más inquietos. ¿No es mejor escuchar ahora la manifestación de las esperanzas de sus pueblos en lugar de sus maldiciones más tarde?

Y sin embargo, pese a nuestras diferencias, hay una esperanza común que nos ha congregado a todos aquí en este peregrinaje común: la esperanza de que la humanidad un día transformará sus espadas en arados, es decir, la esperanza de la paz.

En ningún lugar de la Tierra la paz está más necesitada de amigos que en el Oriente Medio. El anhelo de sus pueblos por la paz crece. Los Estados Unidos seguirán participando activamente en los esfuerzos de las partes por resolver sus diferencias y construir una paz justa y perdurable.

Este mes se cumple el inicio del octavo aniversario de la guerra entre el Irán y el Iraq. Hace dos meses que el Consejo de Seguridad aprobó una resolución obligatoria que exigía la cesación del fuego, la retirada y las negociaciones para poner fin a la guerra. Los Estados Unidos apoyan plenamente la aplicación de la resolución 598 (1987), lo mismo que apoyamos la reciente misión del Secretario General. Hemos acogido con beneplácito que el Iraq haya aceptado esa resolución y seguimos sintiéndonos defraudados de que el Irán no esté dispuesto a aceptarla.

En este sentido, sé que el Presidente del Irán intervendrá ante ustedes mañana. Aprovecho la ocasión para hacerle un llamamiento claro e inequívoco para que diga si el Irán acepta la resolución 598 (1987) o no. Si la respuesta es positiva será un gran paso de avance que acogeremos con agrado. Si es negativo el Consejo no tendrá más remedio que adoptar con prontitud medidas coercitivas.

Durante 40 años los Estados Unidos han puesto de manifiesto su interés vital en la seguridad del Golfo Pérsico y de los países ribereños. Sus reservas petroleras son de importancia estratégica para la economía del tercer mundo. Nos hemos comprometido a mantener el libre flujo de este petróleo y a impedir que ninguna potencia hostil domine la región.

No procuramos el enfrentamiento con el Irán ni con nadie. Nuestro objetivo, ahora como siempre, ha sido hallar la forma de poner fin a la guerra sin vencedores ni vencidos. Nuestra creciente presencia naval en el Golfo no favorece ni a una parte ni a la otra; es una respuesta a la tirantez exacerbada y es producto de las consultas celebradas con nuestros amigos de la región. Cuando se reduzca la tirantez también se reducirá nuestra presencia.

Gratifican a los Estados Unidos muchos de los recientes acontecimientos diplomáticos, tales como la aprobación unánime de la resolución 598 (1987), la declaración de la Liga de los Estados Arabes, recientemente reunida en Túnez, y la visita del Secretario General. Empero, subsisten los problemas.

La Unión Soviética contribuyó a redactar la resolución 598 (1987) y a lograr el acuerdo correspondiente. Pero al margen del Consejo de Seguridad los soviéticos han actuado en forma diferente. Han pedido que retirásemos nuestra flota del Golfo, donde lleva 40 años presente. Han acusado falsamente a los Estados Unidos de ser ellos y no la propia guerra la fuente de las tirantezas en el Golfo. Estas declaraciones no ayudan sino que distraen la atención del reto que afrontamos todos: poner un fin justo a la guerra.

Esperamos que los soviéticos se unan a los demás miembros del Consejo de Seguridad para buscar vigorosamente que se ponga fin a un conflicto que jamás debió haberse iniciado, que debió haber terminado hace mucho y que se ha transformado en una de las grandes tragedias de la era de la posguerra.

En otras partes de la región, vemos la constante ocupación soviética del Afganistán. Después de casi ocho años, 1 millón de bajas, casi 4 millones de exiliados y combates más intensos que nunca; es hora de que la Unión Soviética se vaya.

El pueblo afgano debe contar con el derecho de determinar su propio futuro libre de la coacción extranjera. No hay excusa para prolongar una guerra brutal ni apuntalar a un régimen cuyos días están claramente contados. Ese régimen formula propuestas políticas supuestamente de avenencia pero en realidad procura perpetuar su propio poder. Estas propuestas no han pasado la única prueba importante, es decir, el rechazo del pueblo afgano. Cada día la resistencia cobra fuerza y es parte indispensable en la búsqueda de una solución negociada.

La comunidad internacional debe seguir insistiendo en la libre determinación auténtica, en la retirada soviética inmediata y total y en el retorno de los refugiados a sus hogares con seguridad y decoro. Pueden hacerse tentativas de presionar a algunos países para que modifiquen su voto este año, pero sé que este órgano votará en forma abrumadora lo mismo que todos los años anteriores en pro de la independencia y la libertad del Afganistán.

Hemos tomado nota de la declaración del Secretario General Gorbachev en el sentido de que están dispuestos a retirarse. En abril pedí a la Unión Soviética que fijara una fecha para el inicio de la retirada. Repito esa petición ahora en este foro de la paz. Prometo que una vez que la Unión Soviética demuestre convincentemente que está dispuesta a un genuino arreglo político, los Estados Unidos estarán dispuestos a ayudar.

Voy a referirme a un último aspecto sobre este particular. El Pakistán, frente a una enorme presión e intimidación, ha brindado asilo a los refugiados afganos. Saludamos el coraje del Pakistán y de su pueblo. Merecen el firme apoyo de todos nosotros.



Otro conflicto regional que todos conocemos se produce en Centroamérica, en Nicaragua.

A la delegación sandinista aquí presente le digo: el pueblo de ustedes conoce la verdadera naturaleza de su régimen. Han visto sofocadas sus libertades. Ha visto cómo no se han cumplido las promesas de 1979. Ha visto cómo se han reducido sus salarios e ingresos reales en un 50% - sí, un 50% - desde 1979, mientras que la élite de su partido vive en el privilegio y el lujo.

Por ello, pese a 1.000 millones de dólares de asistencia del bloque soviético tan solo el año pasado, pese a poseer el ejército más numeroso y mejor equipado de Centroamérica, hace frente a una revolución popular en su propio país. Por eso la resistencia democrática puede operar libremente en pleno corazón del territorio nicaragüense. Pero esta revolución no debiera sorprenderlos. Es simplemente la revolución que ustedes prometieron al pueblo y que luego traicionaron.

El objetivo de la política de los Estados Unidos hacia Nicaragua es simple. Es el objetivo del pueblo nicaragüense y también de los combatientes por la libertad. Es la democracia; una democracia real, libre, pluralista y constitucional. Enténdanlo así: ni nosotros ni la comunidad internacional hemos de aceptar una democratización especiosa destinada a enmascarar la perpetuación de la dictadura.

En este bicentenario de nuestra Constitución sabemos que la verdadera democracia depende de que se salvaguarde una estructura institucional que impida la concentración del poder. Eso es lo que garantiza los derechos. Un aflojamiento temporal de los controles - que luego puede volver a ajustarse - no es una democratización.

Una vez más les digo a los sandinistas: Seguimos esperando que Nicaragua sea parte de la genuina transformación democrática que hemos visto en toda Centroamérica durante este decenio. Encomiamos los principios plasmados en el Acuerdo de Guatemala, que vincula la seguridad de las democracias centroamericanas a que se instauren en Nicaragua reformas democráticas. Ahora es el momento de que ustedes desconecten el mecanismo militar que amenaza a sus vecinos y ataca a su propio pueblo. Deben poner término a la forma en que sofocan la actividad política interna. Deben celebrar elecciones nacionales libres e imparciales. Los medios de comunicación deben ser genuinamente libres, sin censura ni intimidación, ni la desventaja de medidas indirectas como el que se le niegue el papel de prensa o que se amenace a los periodistas o a sus familias. Debe permitirse que los exiliados regresen a ejercer el sacerdocio, a vivir, a trabajar y a organizarse políticamente. Entonces, cuando haya terminado la persecución religiosa y las cárceles ya no alberguen a presos políticos, serán posibles la reconciliación nacional y la democracia.

Mientras esto no suceda, la democratización será un fraude. Y mientras no suceda seguiremos insistiendo en favor de la genuina democracia y apoyando a quienes luchan por ella.

La libertad en Nicaragua, en Angola, en el Afganistán, en Camboya, en Europa oriental o en Sudáfrica, o en cualquier otra parte del planeta no es una cuestión meramente interna. Hace cierto tiempo el escritor y disidente checo Vaclav Havel anunció al mundo que "el respeto de los derechos humanos es la condición fundamental y la única garantía genuina de una verdadera paz". Y Andrei Sakharov en su discurso de recepción del Premio Nobel dijo:

"Estoy convencido de que la confianza internacional, el entendimiento mutuo, el desarme y la seguridad internacional son inconcebibles sin una sociedad abierta con libertad de información, libertad de conciencia, el derecho a publicar y el derecho a viajar y a escoger el país en que uno desea vivir."

La libertad está al servicio de la paz. La búsqueda de la paz debe coadyuvar a la causa de la libertad. La diplomacia paciente puede contribuir a un mundo en que ambas puedan florecer. Nos alientan las nuevas perspectivas de mejoramiento en las relaciones entre el Este y el Oeste, y en particular entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

La semana pasada el Ministro soviético de Relaciones Exteriores Shevardnadze visitó Washington para conversar conmigo y el Secretario de Estado Shultz. Debatimos todas las cuestiones, incluyendo mis prolongados esfuerzos para lograr, por primera vez, reducciones profundas de las armas nucleares de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Hace seis años, por ejemplo, propuse la opción cero para los misiles soviéticos y estadounidenses de alcance intermedio y de mayor alcance. Me complace que hayamos convenido en principio en un tratado realmente histórico que elimine toda una clase de armas de los Estados Unidos y la Unión Soviética. También convinimos en intensificar nuestros esfuerzos diplomáticos en todas las esferas de interés común.

Con ese fin, el Secretario Shultz y el Canciller soviético volverán a reunirse dentro de un mes, en Moscú, y yo me reuniré con el Secretario General Gorbachev dentro de unos meses.

Seguimos teniendo nuestras divergencias, y seguramente siempre las tendremos, pero eso hace recaer sobre nosotros la responsabilidad especial de hallar formas - formas realistas - de estabilizar más nuestra competencia y mostrar al mundo un ejemplo constructivo del valor de la comunicación y de la posibilidad de soluciones pacíficas a los problemas políticos.

Permítaseme decir aquí, que, a través de nuestra iniciativa de defensa estratégica, tratamos de hallar la forma de mantener la paz sobre la base de la defensa y no del ataque, para la disuasión y para que se vuelvan obsoletos, llegado el momento, los misiles balísticos. La iniciativa de defensa estratégica ha aumentado enormemente las perspectivas de una auténtica reducción de armamentos. Es una parte crucial de nuestros esfuerzos para dar una mayor seguridad al mundo y obtener un equilibrio estratégico más estable.

Seguiremos propiciando la reducción de armamentos, en particular el objetivo en que convinimos el Secretario General y yo: un 50% de reducción en nuestros respectivos arsenales nucleares estratégicos. Seguiremos presionando a los soviéticos para que tengan una conducta más constructiva en el arreglo de los

conflictos regionales. Esperamos que los soviéticos cumplan los acuerdos de Helsinki. Esperamos una mayor libertad para los pueblos soviéticos dentro de su país, más intercambios personales con nuestro país, y que los soviéticos reconozcan y practiquen el derecho a la libertad de desplazamiento.

Esperamos que llegue el momento en que las cosas que actualmente consideramos como motivos de fricción y hasta de peligro puedan convertirse en ejemplos de cooperación entre nosotros y la Unión Soviética. Por ejemplo, he propuesto una colaboración para reducir las barreras entre el Este y el Oeste en Berlín, y más ampliamente en Europa en su conjunto. Obremos de consuno por una Europa en que la fuerza o la amenaza de la fuerza, ya se trate de muros o de cañones, ya no sea obstáculo al libre albedrío de los individuos y las naciones enteras. Hemos pedido también una mayor apertura en el flujo de información de la Unión Soviética acerca de sus fuerzas militares, sus políticas y programas, de manera que nuestras negociaciones sobre reducción de armamentos puedan realizarse con mayor confianza.

Mucho se habla de cambios en la Unión Soviética. Nos interesan muchísimo estos cambios. Escuchamos la palabra glasnost, que se traduce como "apertura". En inglés apertura es un término muy amplio. Significa una corriente libre y sin tropiezos de la información, las ideas y las personas. Supone la libertad política e intelectual en todas sus dimensiones. Esperamos, por el bien de los pueblos de la Unión Soviética, que esos cambios se produzcan, y esperamos, por amor de la paz, que incluyan una política exterior que respete la libertad y la independencia de otros pueblos.

Ningún lugar sería mejor para debatir la paz que este recinto. El primer Secretario General, Trygve Lie, dijo de las Naciones Unidas:

"Ante el peligro de incendio y a falta de un cuerpo de bomberos organizado, es sensato que los vecinos se unan para formar sus propias brigadas de lucha contra el fuego."

Mancomunémonos para apagar las llamas de la guerra. Este, junto con una declaración universal de derechos humanos, fue el ideal fundador de las Naciones Unidas, y sigue siendo nuestra misión constante velar por que las Naciones Unidas estén a la altura de estas esperanzas.

Como observaba el Secretario General hace algún tiempo, ha aumentado en el mundo el peligro de la anarquía porque se han violado las normas fundamentales de las Naciones Unidas. La Asamblea General lo ha reconocido reiteradamente respecto de la ocupación del Afganistán. La Carta tiene hoy un significado práctico y

concreto porque afecta a todas las dimensiones de las aspiraciones humanas que mencioné anteriormente: la aspiración a la democracia y la libertad, la paz mundial y la prosperidad.

Por ello debemos proteger la Declaración Universal de Derechos Humanos, impedir que sea pisoteada, como lo fue a través de la infame resolución según la cual "sionismo es racismo". No podemos permitir los intentos por controlar los medios de comunicación y promover la censura gracias al ardid de un presunto nuevo orden internacional de la información. Debemos bregar contra los esfuerzos por introducir cuestiones contenciosas y no pertinentes en la labor de los organismos especializados y técnicos, donde tratamos de avanzar respecto a problemas urgentes que van desde el terrorismo hasta el tráfico de drogas y la proliferación nuclear, que nos amenazan a todos. Esos esfuerzos corrompen la Carta y debilitan a esta Organización.

Se han producido importantes reformas administrativas y presupuestarias, que nos han ayudado. Los Estados Unidos están empeñados en reponer su contribución a medida que avancen las reformas, pero todavía queda mucho por hacer. Las Naciones Unidas se iniciaron sobre la base de grandes sueños y grandes ideales. A veces se han descarriado, pero ya es hora de que vuelvan al redil.

Dag Hammarskjöld dijo:

"El fin de todos los esfuerzos políticos debe ser el bienestar del individuo en una vida de seguridad y libertad."

¿No debe ser este nuestro credo para los años venideros?

Hoy he hablado de una visión y de los obstáculos con que tropieza su realización. Hace más de un siglo un joven francés, Alexis de Tocqueville, visitó los Estados Unidos. Después de esa visita predijo que las dos grandes Potencias del futuro serían, por una parte, los Estados Unidos, que - como decía él -, "serían construidos con el arado", y por la otra, Rusia, que avanzaría - siempre según sus palabras -, "a fuerza de la espada". ¿Pero acaso debe ser así? ¿No se pueden transformar las espadas en arados? ¿No podemos nosotros y todas las naciones vivir en paz?

En nuestra obsesión por los antagonismos del momento, a menudo olvidamos cuánto une a todos los miembros de la humanidad. Quizás necesitemos una amenaza foránea y universal para hacer que reconozcamos este vínculo común. A veces pienso cuán rápidamente se desvanecerían nuestras diferencias mundiales si advirtiésemos una amenaza extraterrestre. Sin embargo, pregunto: ¿acaso no tenemos ya entre nosotros una fuerza extraña? ¿Qué puede ser más ajeno a las aspiraciones universales de nuestros pueblos que la guerra y la amenaza de la guerra?

Hace dos siglos, en una sala mucho más pequeña que ésta, en Filadelfia, los estadounidenses se reunieron para redactar una Constitución. Durante sus debates uno de ellos dijo que el nuevo Gobierno, para remontarse alto, debía construirse sobre la base más amplia: la voluntad y el consentimiento del pueblo. Así fue. Y así ha sido hasta ahora.

Mi mensaje de hoy es que los sueños de la gente sencilla alcancen alturas sorprendentes. Para que nosotros, peregrinos diplomáticos, logremos igual vuelo, debemos basar toda nuestra obra en la voluntad y el consentimiento plenos de la humanidad y en el florecimiento total del corazón humano.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General quiero agradecer al Presidente de los Estados Unidos de América la importante alocución que acaba de pronunciar.

El Sr. Ronald Reagan, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado fuera del recinto de la Asamblea General.

TEMA 9 DEL PROGRAMA (continuación)

DEBATE GENERAL

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL SR. YASUHIRO NAKASONE, PRIMER MINISTRO DEL JAPON

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Primer Ministro del Japón.

El Sr. Yasuhiro Nakasone, Primer Ministro del Japón, es acompañado a la tribuna.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Es un gran placer para mí dar la bienvenida al Primer Ministro del Japón, Sr. Yasuhiro Nakasone, y lo invito a hacer su alocución ante la Asamblea General.

Sr. NAKASONE (Japón) (interpretación del texto en inglés, proporcionado por la delegación, del discurso pronunciado en japonés): Desearía, en primer lugar, felicitar sinceramente a Su Excelencia, por su elección a la Presidencia de la Asamblea General en su cuadragésimo segundo período de sesiones. Confío en que con su cúmulo de experiencias en la conducción de los asuntos de las Naciones Unidas, su elevada sabiduría y su capaz liderazgo, usted llevará a este período de sesiones a un feliz término y a conclusiones fructíferas.

Al mismo tiempo, quiero manifestar mi sincero reconocimiento a Su Excelencia, el Sr. Humayun Rasheed Choudhury por su excelente trabajo como Presidente de la Asamblea General en el cuadragésimo primer período de sesiones y en especial por los esfuerzos de coordinación que hizo para iniciar la reforma administrativa y financiera de las Naciones Unidas.

También aprovecho esta oportunidad para expresar mi profundo respeto al Secretario General, Su Excelencia el Sr. Javier Pérez de Cuéllar, por los arduos esfuerzos que ha estado haciendo para resolver problemas internacionales difíciles, en especial, el conflicto entre el Irán y el Iraq.

Para comenzar, quisiera dar una entusiasta bienvenida al acuerdo al que, en principio, la semana pasada llegaron los Estados Unidos y la Unión Soviética sobre la eliminación total de las fuerzas nucleares de alcance intermedio y a la celebración de una tercera reunión cumbre entre los dos líderes en este otoño. A ambos rindo homenaje por la determinación política que hizo esto posible.

Al hablar desde esta misma tribuna hace casi 12 años, en el período de sesiones conmemorativo del cuadragésimo aniversario de las Naciones Unidas, subrayé que era necesaria una nueva ética global, juntamente con los sistemas para respaldarla, si queríamos preservar a la Tierra del peligro de destrucción más grave que ha enfrentado jamás y asegurar la subsistencia de la propia humanidad. Con ese propósito, manifesté la necesidad de una actitud que nos permitiera reconocer la diversidad y el valor de las culturas y las civilizaciones del mundo, como también valorarlas y respetarlas recíprocamente. Sostuve que las Naciones Unidas deben convertirse en un medio para la creación, sobre la base de esa actitud, de una civilización mundial para toda la humanidad.

Alentado por la respuesta favorable a mis observaciones, quiero compartir hoy con ustedes algunos de mis pensamientos acerca de los medios prácticos para aplicar mis ideas, como también sobre la posición del Japón y el papel que puede desempeñar a este respecto.

Nos encontramos ahora a poco más de una década del siglo XXI. Al mirar retrospectivamente, vemos que el siglo XX fue una era tumultuosa, plena de acontecimientos y trastornos dramáticos, sin precedentes en la historia humana.

En la primera mitad del siglo, la humanidad soportó dos guerras mundiales y experimentó la explosión trágica de las armas nucleares. Desde entonces, hemos sufrido y agonizado por la existencia de arsenales de armas nucleares cada vez mayores. Las dos superpotencias nucleares han emplazado una cantidad enorme de proyectiles balísticos intercontinentales, de enorme capacidad destructiva, con los cuales podrían atacar directamente las zonas vitales de la otra. Si bien ambas partes reconocen la paradoja de que el peligro de una catástrofe es inherente a su búsqueda de la seguridad mediante la disuasión, todavía no han podido ponerse de acuerdo plenamente sobre medidas tendientes a la reducción y eliminación de las armas nucleares.

En materia económica, antes de llegar a la tercera década de este siglo el mundo dio paso a un proteccionismo desenfrenado, invitando así a la desastrosa gran depresión que precedió al estallido de la segunda guerra mundial. La economía mundial se recuperó de los estragos y el empobrecimiento causados por la guerra y posteriormente logró un crecimiento y una prosperidad sin paralelo. No obstante, fue arrastrada nuevamente al torbellino causado por dos crisis petroleras, de las cuales todavía no ha podido emerger plenamente. Los problemas económicos mundiales



que seguimos enfrentando, especialmente las disparidades entre el Norte y el Sur, los desequilibrios en el comercio mundial y la inestabilidad en las finanzas internacionales, son sumamente graves.

Por otra parte, los adelantos científicos y tecnológicos de este siglo verdaderamente han empequeñecido a los de la revolución industrial, producida en la última mitad del siglo XVIII, y nos han lanzado a una nueva era histórica. Desde los vastos límites ultraterrestres del universo a la materia microscópica en la cual se origina la vida, los progresos en el conocimiento humano en muchas esferas han contribuido en gran medida a mejorar el bienestar material de la humanidad. Si se aplican acertadamente, estos conocimientos pueden hacer progresar en forma categórica a la era de la información y beneficiar tremendamente a la sociedad humana. Si se los aplica de manera no atinada ni adecuadamente controlada, pueden poner en peligro la dignidad de la vida humana o destruir de forma irreversible el medio ambiente de la Tierra, del cual depende toda la humanidad.

Este siglo también ha sido testigo del nacimiento de muchos países independientes a medida que los pueblos de diversas partes, y especialmente en Asia y Africa, procuraron ejercer sus derechos y libertades inherentes. Uno tras otro, estos nuevos países se unieron a las Naciones Unidas. El número de países independientes en todo el mundo se duplicó prácticamente de la noche a la mañana, dando nueva vitalidad a la política internacional y marcando en la historia mundial una nueva era, en la cual se procuran concretar los ideales de libertad, igualdad y hermandad universales. No obstante, la humanidad todavía no ha eliminado la pobreza y el hambre en algunos de esos nuevos países, como tampoco ha solucionado los conflictos regionales.

Mientras tanto, a medida que las telecomunicaciones y los medios de transporte continúan desarrollándose, las naciones del mundo se hacen cada vez más interdependientes y la unidad mundial es cada vez más fuerte.

A medida que este memorable siglo de tragedia y de esperanza se acerca a su fin y miramos hacia una nueva centuria, debemos preguntarnos qué hemos aprendido de los traumas de la gran depresión y las dos guerras mundiales, como también de las experiencias posteriores, y cuáles son las lecciones que podemos transmitir a las generaciones venideras.

¿La humanidad no tiene otra alternativa que la de vivir constantemente bajo la amenaza de las armas nucleares, una espada de Damocles que pende de un hilo muy delgado? ¿No tenemos otra alternativa que la de legar a la posteridad un planeta que en un número de regiones cada vez mayor se ve despojado de su aire vital y su verde follaje, que se han desarrollado a lo largo de 4.000 millones de años? ¿Realmente no podemos hacer nada mejor que entregar a la próxima generación un mundo con una población que crece sin cesar y con países de suma pobreza, a los que no han llegado la ciencia, la tecnología y la industria modernas?

Si queremos resolver estas cuestiones fatídicas que enfrenta la humanidad, creo que es necesario que todos nosotros, todos los países y pueblos representados hoy aquí, reafirmemos los principios fundamentales de una acción conjunta en tres sectores prioritarios.

Nuestra primera prioridad debe ser la de asegurar y fortalecer la paz en el mundo. El Estado no sólo debe servir a su propio pueblo sino que, lo que es más importante, debe esforzarse por respetar y proteger los valores humanos universales, que trascienden las fronteras nacionales. Esto significa respetar la vida y los derechos humanos, proteger el medio ambiente natural irremplazable y preservar aquellas tradiciones culturales que son producto del conocimiento y el trabajo humanos a lo largo de muchos siglos. Estos valores deben ser respetados bajo cualquier sistema de gobierno o ideología. Naturalmente, esto no entraña que un Estado pueda expandir injustamente su poder más allá de sus propias fronteras.

Nuestra segunda prioridad debe ser la de proporcionar garantías cada vez más amplias para el libre desplazamiento de las personas, la información y la cultura a través de las fronteras nacionales. Siempre he sostenido que probablemente la segunda guerra mundial no se hubiera producido de haber existido transmisiones de televisión por satélite que se recibieran libremente, a fin de que los pueblos de todas partes pudieran identificarse con los demás como miembros de la misma raza humana. En realidad, creo que la garantía de un movimiento más libre de personas e información constituiría una importante salvaguardia contra la tercera guerra mundial, para evitar una repetición de atrocidades y permitir que los pueblos de todas partes compartan el gozo de vivir juntos, en medio de la rica diversidad cultural que el mundo ofrece.

Nuestra tercera prioridad debe ser la de rectificar las disparidades regionales y proteger el medio ambiente mundial. Para este propósito, todos los Estados deben abstenerse de ejercer su soberanía simplemente para sus propios intereses y esforzarse por fortalecer un marco de cooperación internacional centrado en las Naciones Unidas. Al aproximarnos al siglo XXI, debemos encontrar nuevos medios para acrecentar la capacidad de una autoridad mundial.

H. G. Wells dijo una vez que "nuestra verdadera nacionalidad es la humanidad". Como miembros de la aldea mundial que trasciende las fronteras nacionales, todos nosotros debemos ser desafiados por nuestra conciencia a aplicar todos los conocimientos que hemos recogido durante este siglo para encontrar soluciones a los problemas que enfrentamos.

En la declaración que pronuncié aquí hace dos años me referí a una "ética mundial". Ahora acabo de hacer mención a la "aldea mundial". Estos son vocablos que seguramente se utilizarán de manera común en el siglo XXI, pues resulta evidente, por una parte, que los intercambios y la interdependencia entre los países y los pueblos se han de incrementar drásticamente y que, por la otra, toda la humanidad ha de enfrentar cada vez más el peligro de una aniquilación total en el caso de que los frutos de la civilización moderna sean mal utilizados. Los hombres y las mujeres del siglo XXI tendrán que pensar simplemente en sí mismos como ciudadanos de la aldea mundial.

Un principio básico de la vida en las aldeas es el de la ayuda mutua. En mi propia aldea, si alguien no tiene un plato de arroz otros que lo tuvieran lo compartirían con él. La misma filosofía también es cierta para la aldea mundial. John e Iván pertenecen a la misma aldea donde no existen distinciones. Es precisamente por esta razón que la Carta de las Naciones Unidas nos advierte que debemos practicar "la tolerancia y ... convivir en paz como buenos vecinos", como un primer paso hacia la realización de sus elevados propósitos.

Hasta aquí he subrayado las metas que debemos perseguir así como algunos principios ideales que deben guiarnos al cruzar el umbral del siglo XXI. Ahora querría hablar de algunos problemas que plantean las duras realidades del mundo actual.

Ante todo, es esencial esforzarnos por edificar la confianza necesaria para una eliminación total de las armas nucleares y la realización de la coexistencia pacífica. El acuerdo alcanzado en principio por los Estados Unidos y la Unión Soviética la semana pasada para concertar un tratado sobre la eliminación total de los misiles de alcance intermedio constituye el primer acuerdo en la historia para la reducción de las armas nucleares y es un paso fundamental en ese sentido. Por ser una persona que ha propugnado la eliminación total de las armas nucleares acojo sinceramente con beneplácito esta buena noticia. Espero que los Estados Unidos y la Unión Soviética, como próximo paso, pongan en práctica un plan para reducir drásticamente las armas nucleares estratégicas en un 50%, manteniendo, al mismo tiempo un equilibrio de disuasión.

El éxito de tales esfuerzos engendrará sentimientos y afinidades entre los pueblos de ambas naciones y permitirá un apoyo universal hacia ellos. Luego podrán hacerse nuevos progresos sobre el desarme y las armas nucleares y convencionales así como sobre las armas químicas y de otro tipo y sobre el fortalecimiento del régimen del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares. Esto, a su vez, ciertamente, conducirá a progresos tendientes a resolver los problemas regionales y abrirá nuevos caminos hacia la paz mundial. Creo que un mundo verdaderamente en paz es el mejor regalo que podemos dejar a la posteridad.

He aprovechado todas las oportunidades para exhortar a los Estados Unidos y a la Unión Soviética a que hagan progresos verdaderos hacia el desarme nuclear, cuanto antes; por mi parte, continuaré cooperando al logro del éxito de dichos esfuerzos.

Es sumamente probable que en las etapas finales de las negociaciones sobre estas cuestiones difíciles surja una serie de obstáculos al analizarse los detalles y cuando se elaboren los textos formales de acuerdo. Precisamente, en este punto, la solución de los problemas no debe dejarse a los burócratas ni al personal militar sino que debe confiarse a la sabiduría política de los estadistas que tienen un sentido prudente de la responsabilidad que les cabe para con la humanidad. Espero sinceramente que los líderes de ambos países, como verdaderos hombres de Estado, adopten decisiones políticas atinadas que puedan ser recordadas durante mucho tiempo.

En esta oportunidad desearía expresar la firme esperanza de que los líderes soviéticos asuman una posición constructiva en su política hacia Asia y - con respecto al Japón en especial - trabajen con decisión para resolver los problemas territoriales y otras cuestiones pendientes, actuando de manera tal de que podamos edificar una verdadera relación de confianza.

Los problemas que han sido creados en el siglo XX son nuestra responsabilidad y no debemos pasarlos al siglo XXI sin que estén resueltos.

La segunda cuestión urgente es la necesidad de iniciar esfuerzos conjuntos para resolver los graves problemas que enfrenta la economía mundial. Con el fin de promover el crecimiento económico mundial y la prosperidad es esencial que se armonice la política de todos los países y, en especial, se rechace el proteccionismo. La ronda de negociaciones del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) del Uruguay ha sido iniciada como medio de combatir el proteccionismo, y debemos trabajar diligentemente para asegurar que se alcancen sus metas.

No debemos considerar las muchas dificultades a que se enfrentan los países del Sur simplemente como el destino de la humanidad y resignarnos ante ello. Si bien son esenciales los esfuerzos de sus líderes y de sus pueblos tendientes a resolver sus problemas, hay otras cuestiones, tales como la reciente acumulación de deuda y las dificultades en las exportaciones, que se deben en parte a cambios en la estructura económica e industrial del mundo, por lo cual no se puede hacer que la responsabilidad recaiga solamente sobre los países del Sur.

Cada vez que hay un fracaso económico en cualquier parte del mundo nos incumbe a todos - por consideración a los pueblos de la región así como por la estabilidad económica mundial - tratar de resolver los problemas e idear rápidamente todos los medios posibles de colaboración para evitar una crisis. Tal cooperación ya puede verse en las actividades de las organizaciones financieras internacionales y en diversos esfuerzos conjuntos entre muchos países y debemos reafirmar más claramente nuestra decisión de fomentar estos esfuerzos efectivos. Sólo de esta manera todos los pueblos del mundo podrán considerarse verdaderamente miembros de la raza humana, unidos en una solidaridad que trascienda las fronteras nacionales. Al mismo tiempo, las naciones del Sur se verán sumamente alentadas en sus propios esfuerzos.

Por reconocer que no puede haber prosperidad para el Japón sin que exista prosperidad en el mundo mi país, no escatima esfuerzo alguno para revitalizar la economía mundial y prestar asistencia a los países en desarrollo fomentando al mismo tiempo la internacionalización de su propia economía. Profundamente consciente de sus enormes responsabilidades el Japón está decidido a hacer aún mayores contribuciones a la comunidad internacional.

Desde el año pasado, el Japón viene realizando un programa tendiente a reciclar 30.000 millones de dólares y está aplicando un plan para proporcionar 500 millones de dólares de ayuda en donaciones a los países subsaharianos y otros países africanos en un plazo de tres años. Espero discutir la aplicación de estos proyectos con los países interesados. En cuanto a la cuestión de la cooperación económica, creo que es especialmente importante fomentar intercambios entre la juventud y entre los gerentes de negocios jóvenes, conjuntamente con la transmisión concomitante de tecnología. Al mismo tiempo, proyectándonos hacia el siglo XXI, creemos que el desarrollo de los recursos humanos y la interacción entre los hombres son absolutamente importantes para lograr progresos en la administración pública y en la educación, y el Japón coopera plenamente al logro de ese fin.

La tercera cuestión se refiere a la solución de los problemas regionales. La tarea más urgente de las que encaramos hoy es la terminación del conflicto entre el Irán y el Iraq, que entra en su octavo año, el restablecimiento de la paz en la Tierra que es cuna de la civilización mundial y la vuelta a la calma en las aguas del Golfo. Recientemente, el Consejo de Seguridad adoptó unánimemente la resolución 598 (1987). Esta resolución fue redactada prestando la mayor atención

posible, dadas las circunstancias, a las posiciones de las partes involucradas. Espero que el Secretario General, que goza de la confianza de ambas partes, desempeñe un papel clave en lo tocante a su puesta en práctica. Por considerar que no existe otro modo de resolver esta cuestión exhorto firmemente a ambas partes a que pongan fin al conflicto lo antes posible y establezcan una paz duradera, tal como lo pide la resolución. Por su parte, el Japón ha estado trabajando, poniendo al máximo su capacidad, para el restablecimiento de la paz, y ahora, en el contexto de su participación como miembro del Consejo, también está haciendo todos los esfuerzos de buena fe para lograr ese objetivo. Al mismo tiempo, mi país tiene la intención de continuar dando apoyo a los esfuerzos enérgicos del Secretario General. Los pueblos del mundo desean sinceramente que finalice el conflicto entre el Irán y el Iraq, y abrigo la firme esperanza de que ambas partes responderán a ese deseo y actuarán con buen tino.

Además, debo subrayar que, como principio general, es de la máxima importancia para la terminación de cualquier conflicto y para establecer la paz, que todos los países se abstengan estrictamente de proporcionar armas a las partes.

Pasando a otro aspecto, es muy lamentable que no se hayan hecho progresos concretos para la solución satisfactoria de los problemas del Afganistán y Kampuchea. Todas las fuerzas militares extranjeras deberán ser retiradas totalmente y sin demoras de ambas regiones. El Japón apoya firmemente que allí se creen Estados soberanos que sean verdaderamente democráticos, independientes, no alineados y neutrales.

La política de apartheid del Gobierno de Sudáfrica viola flagrantemente el principio de la igualdad racial y el respeto de los derechos humanos y debe eliminarse rápidamente y por completo.

En la Península de Corea, las partes - el sur y el norte - mediante negociaciones directas, deben tratar de disminuir las tiranteces y lograr la reunificación pacífica. Como un primer paso hacia la reunificación, apoyamos la admisión del sur y del norte en las Naciones Unidas. Esperamos fervientemente que en los Juegos Olímpicos de Seúl que se realizarán el año próximo, todas las naciones del mundo se unan en una participación total para hacer que esos Juegos, una vez más, sean verdaderamente un festival mundial y que mediante los deportes se promueva una amistad entre el Este y el Oeste fomentando, en particular, la distensión de las tiranteces en la Península de Corea.

Además, la humanidad no ha podido escapar al temor de los conflictos y guerras emergentes de la rivalidad humana, ni tampoco se ha podido evitar la devastación de los principales desastres naturales. En esta oportunidad, desearía subrayar la necesidad de que las Naciones Unidas mejoren y robustezcan su capacidad de ayudar rápida y eficazmente a prevenir los desastres naturales y prestar servicios de auxilio.

Ahora quisiera decir unas pocas palabras acerca de cómo podemos realzar las perspectivas para el mundo al acercarse el siglo XXI y cómo Japón puede cooperar en la realización de estas aspiraciones.

Muy brevemente, creo que habremos de ver el surgimiento de una tendencia a través del mundo en la que los pueblos se liberarán de las cadenas de las ideologías dogmáticas del siglo XIX. En parte esto ocurrirá a causa del sincero deseo de todos los pueblos del mundo de escapar rápidamente a la persistente amenaza de las armas nucleares que trasciende a todas las ideologías. También los pueblos de todas partes, independientemente de los sistemas sociales y políticos en que viven, cada vez están más conscientes de que una lógica económica fundamental, que se basa en la libertad y en la creatividad, es más fuerte que la ideología.

Esta tendencia se manifestó en el firme apoyo mundial a la pronta celebración de una reunión cumbre entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, en la lucha contra un control central excesivo y en el proteccionismo en las políticas económicas del Este y del Oeste. Al fructificar esta tendencia, que surge en los países democráticos y socialistas y que se ha vuelto universal, la influencia de las ideologías rígidas disminuirá inevitablemente y el mundo avanzará de la confrontación hacia la reconciliación y del conflicto a la cooperación. Entonces podrá verse cuál es el potencial para nutrir el proceso de creación de un orden mundial armónico y de una nueva dimensión en la que se dé valor a un enfoque práctico y realista.



Ahora quisiera dar algunas breves opiniones sobre mi enfoque para superar el estancamiento entre el Este y el Oeste. Lamentablemente, este enfrentamiento actual encuentra sus raíces en las limitaciones estructurales de la comunidad internacional, que está integrada por Estados soberanos. Cuando hablamos entre nosotros, cara a cara, encontramos que todos los pueblos de todos los países pertenecen a la misma raza humana y fundamentalmente tienen buena voluntad. Sin embargo, dentro del marco de un Estado, parece que las personas cambian cuando se ven manipuladas por instituciones estatales y se encuentran en la primera línea de enfrentamiento y rivalidad entre los Estados. En este sentido, sólo cabe llegar a la conclusión de que en la comunidad internacional de hoy, el enfrentamiento y la discordia entre el Estado y el individuo nunca podrán ser superados totalmente.

No es fácil, para aquellos a quienes se ha confiado la responsabilidad actual del gobierno nacional, escapar a esta realidad. Las armas nucleares entrañan el dilema de que, si bien tienen un potencial de destrucción catastrófico, una parte considera que debe poseerlas mientras las tenga la otra parte, con el fin de mantener una disuasión mutua. Debemos encontrar la manera de salir de este estancamiento a fin de que podamos liberarnos de la suspicacia y del temor y volver a un mundo de seguridad y confianza. ¿No haría esto que nuestra conciencia fuera una vez más nuestra guía central?

La convocación de la cumbre entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en Reykjavik en 1986 y el progreso logrado allí para un acuerdo, como se ha dicho, era un rayo de esperanza para escapar del destino que ha preocupado desde el final de la segunda guerra mundial. Esta colaboración histórica sobre el desarme dio lugar a una nueva brisa de armonía y cooperación en todo el mundo y espero que ayudará a generar una energía que pueda ser canalizada en especial para ayudar a los países más pobres, a los países en desarrollo y a aquellos con deudas acumuladas, así como a preservar el medio ambiente mundial. Como muestra tan gráficamente la historia de Indochina y la actual situación en el Afganistán, la guerra no resuelve los problemas; por el contrario, desestabiliza las sociedades de los países respectivos. ¿Acaso no se ha llegado a una encrucijada en la política internacional, donde mediante la sabiduría de los gobernantes de todos los países pueda darse una nueva dirección al curso de la historia?

Ya hace casi medio siglo que surgió el sistema de los bloques Este y Oeste. Los pueblos de ambos campos han sentido orgullo y confianza en sus propios sistemas; pero también hubo oportunidades en que experimentaron dudas. Ha llegado la hora de que hagamos los mayores esfuerzos para conocer las realidades de las diferentes sociedades que han creado nuestros prójimos. Teniendo en cuenta que ahora es posible utilizar las telecomunicaciones por medio de satélite para el intercambio de información, ¿no deben ambas partes, franca y honradamente, abrir sus corazones y mostrar unos a otros la realidad de sus propios países?

En este sentido, estoy convencido de que, si el Presidente Reagan y el Secretario General Gorbachev, como personas responsables que pertenecen a la raza humana, mediante su tercera reunión pueden establecer una relación de confianza genuina, se preparará el terreno para que toda la humanidad pueda entrar en una nueva era de diálogo pacífico y coexistencia competitiva a través de los cuatro puntos cardinales del mundo.

Además, surge ahora un fenómeno que trasciende el enfrentamiento Este-Oeste, debido a la administración económica de muchos países en todo el mundo. Por ejemplo, me refiero al hecho de que se ha extendido la tendencia hacia la liberalización y el fortalecimiento de los principios de la economía de mercado. El hecho de que estas condiciones vayan logrando aceptación en todas partes, demuestra que la lógica económica se aplica cada vez más en todo el mundo. Recientemente, en las regiones en desarrollo a través del mundo, y especialmente en la zona del Asia y del Pacífico cercana al Japón, han aparecido nuevos países industrializados con espectaculares tasas de crecimiento. Creo que esto ha sido posible porque allí los países han aprovechado los principios económicos y aplican políticas que utilizan las energías de sus pueblos. Estoy muy interesado en ver cuáles serían los cambios en la política exterior e interior de la Unión Soviética, como resultado del perestroika y glasnost, y también en China debido a su política de apertura al mundo exterior.

Es nuestra misión hacer que este planeta Tierra, el único que tiene la humanidad, sea un lugar verde de paz y de libertad. Si bien incumbe a todas las organizaciones internacionales luchar por este objetivo, las Naciones Unidas son el único foro mundial que trabaja activamente para mantener la paz y la protección de los derechos humanos y fomentar el bienestar de todos los pueblos. La responsabilidad de las Naciones Unidas es enorme y la continuación de su existencia es decisiva.

Lamentablemente, es verdad que las Naciones Unidas no han estado a la altura de las expectativas de que fueron depositarias en su fundación. Es fácil criticar a la Organización, pero si no hubiera Naciones Unidas, ¿cómo sería posible mantener el orden y fomentar el bienestar común en el complejo terreno internacional de la actualidad? ¿Dónde podríamos encontrar un foro en el cual se reflejen las opiniones de todos los Estados del mundo, que reduzca las brechas entre el Este y el Oeste, el Norte y el Sur?

Precisamente, es en estos momentos de dificultades para las Naciones Unidas cuando debemos considerar qué sucedería si no existieran y debemos dedicarnos así a defender, fortalecer y mejorar a la Organización. Las Naciones Unidas deben convertirse en unas verdaderas naciones unidas. Sobre todo, es necesario fortalecer sus funciones de mantenimiento de la paz. Por su parte, mi país ha estado haciendo esfuerzos activos para apoyar las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, especialmente mediante ayuda financiera. Japón tiene el propósito de estudiar más a fondo cómo puede contribuir en mayor medida al fortalecimiento de las Naciones Unidas en el futuro.

Desde su admisión, el Japón ha hecho de las Naciones Unidas un pilar central de su política exterior y ha estado haciendo esfuerzos sinceros para fortalecer y mejorar a la Organización.

Sin embargo, han tenido lugar cambios enormes en la situación internacional y en las Naciones Unidas en los años que van desde que éstas fueron fundadas. El número de los Estados Miembros es ahora mucho mayor que el que se previó en la época en que se fundó la Organización, y esto no sólo ha tenido como resultado un mosaico lleno de colorido de características distintivas, sino que también ha presentado nuevos e imprevistos problemas para su temario al tiempo que entramos a una nueva era de la civilización. Si las Naciones Unidas han de estar capacitadas para responder rápidamente a estos cambios, deben reformarse constantemente. También creo que en las esferas especializadas, tales como las económicas, debe evitarse la tendencia a politizar indebidamente los problemas.

Espero que todos los Estados Miembros aunarán sus esfuerzos para considerar estos problemas con miras a determinar el tipo de organización en que deben convertirse las Naciones Unidas en el futuro.

Si el siglo XX ha sido una era de destrucción, con dos guerras mundiales y la tragedia de las primeras explosiones nucleares, el próximo siglo debe ser uno que disfrute de los rayos del sol de la paz. Hasta ahora la paz ha prevalecido sólo intermitentemente, entre guerras sucesivas. El mantenimiento y la administración de la paz, y el asegurar que ésta sea duradera, será, por supuesto, una tarea extremadamente compleja y difícil. ¿Pero no es obligación de los líderes de hoy enfrentar honradamente esos retos de la época? Las Naciones Unidas son, después de todo, una asamblea de la paz donde se reúnen los estadistas y, con el establecimiento de la paz duradera como su meta común, trabajan aunadamente con determinación y tolerancia para preservar y fomentar diversos valores y culturas, y para mejorar la dignidad de la humanidad.

En esta oportunidad yo prometo que, conjuntamente con ustedes, llevaré a cabo las graves responsabilidades que se han depositado sobre mis espaldas como uno de los estadistas reunidos aquí en las Naciones Unidas.

El actual período de sesiones de la Asamblea General, antes de la Cumbre entre los Estados Unidos y la Unión Soviética para la reducción y eliminación de las armas nucleares, está lleno de esperanzas para el futuro de la humanidad.

En verdad, este es el período de sesiones más importante en la historia de la Organización para asegurar la paz y la convivencia. Trabajemos aunadamente en la sincera esperanza de que en el siglo XXI se conferirán abundantes bendiciones a nuestros hijos y a la Tierra.

(continúa en inglés)

El poeta norteamericano Henry Wadsworth Longfellow nos enseñó en su poema "Un salmo a la vida" a actuar de tal manera que cada mañana nos encuentre más adelante que hoy. Y quiero terminar mis observaciones con el pasaje final de ese poema:

"Estemos, entonces, de pie y laborando,  
con un corazón para cualquier sino;  
seguimos logrando, seguimos buscando,  
aprendamos a trabajar y a esperar."

EL PRESIDENTE (interpretación del inglés): En nombre de la Asamblea General agradezco al Primer Ministro del Japón la importante alocución que acaba de hacer.

El Sr. Yasuhiro Nakasone, Primer Ministro del Japón, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Sr. DHANABALAN (Singapur) (interpretación del inglés): Permítame felicitarlo, Sr. Presidente, por su elección unánime. Estamos ciertos de que, con su cabal comprensión de lo complejo de la situación internacional y su considerable experiencia diplomática, habrá de conducir nuestras deliberaciones en forma ecuánime y prudente en los meses venideros. También deseo dar la bienvenida al Embajador Joseph Reed a esta distinguida tribuna y lo felicito por haber asumido el cargo de Secretario General Adjunto para Asuntos Políticos y de la Asamblea General. El Secretario General no pudo haber hallado persona más calificada para la tarea. Y por último, pero no de menor importancia, permítaseme expresar nuestro reconocimiento a la buena labor realizada por su predecesor, Su Excelencia el Sr. Humayun Rasheed Choudhury.

Este período de sesiones de la Asamblea se celebra en momentos en que se hallan en curso cambios profundos en las estructuras y procesos básicos de la política internacional. A fines de año habrá de celebrarse una reunión cumbre

entre el Presidente Reagan y el Sr. Gorbachev. Ambas superpotencias están a punto de concluir importantes acuerdos sobre control de armamentos. Al propio tiempo, las relaciones entre China y la Unión Soviética tienen ahora un ingrediente de cooperación cada vez más importante.

Estos acontecimientos no afectan exclusivamente a las tres grandes Potencias interesadas. Cuando estas Potencias reorganizan sus relaciones, las reverberaciones se hacen sentir en los rincones más alejados del sistema internacional. Ninguno de nosotros puede escapar a sus consecuencias. Todos nosotros también debemos adaptarnos a estos cambios. El reajuste nunca es fácil. Enraizados hábitos de pensamiento, modalidades inherentes de comportamiento y políticas confortablemente familiares deben ser examinadas despiadada y desapasionadamente a la luz de la nueva situación y, de ser necesario, descartadas. Siendo la naturaleza humana lo que es, este es necesariamente un proceso doloroso. Pero hay que atravesarlo.

Un importante dirigente internacional lo dijo hace poco. En una reunión de expertos sobre desarme, organizada por las Naciones Unidas y llevada a cabo en junio de este año, dijo:

"... tuvimos que revisar analíticamente los enfoques tradicionales y establecer las nociones relativas, en cuanto a la paz y seguridad. En otras palabras, tuvimos que aplicar un nuevo modo de pensar sobre esa cuestión crucial de nuestros tiempos. En el proceso de descartar dogmas y estereotipos obsoletos, hemos llegado a por lo menos dos conclusiones fundamentales. La primera, en términos del interés supremo de la supervivencia, el mundo es uno, pese a su diversidad ... La segunda, la seguridad de cualquier Estado será mayor si abandona los intentos por menoscabar la seguridad de la otra parte."

Deseo subrayar esta última oración. Esa aseveración corresponde al Viceministro de Relaciones Exteriores de la Unión Soviética, Alexander Bessmertnykh. Si una superpotencia se hace consciente de la necesidad del cambio, ningún otro país debe llamarse a engaño con la ilusión de que puede atenerse a la senda cotidiana. La historia está sembrada con las ruinas de los Estados que trataron de actuar así.

Las propias Naciones Unidas son consecuencia de un período similar de reajuste internacional producido tras la segunda guerra mundial. El propósito era reorganizar la forma en que el sistema internacional funcionaba y la manera en que los Estados se relacionaban unos con otros. Si esos propósitos y esa promesa no se han cumplido por entero, debemos preguntarnos de cualquier forma qué papel pueden desempeñar las Naciones Unidas para ayudar a la amplia mayoría de sus miembros a adaptarse a las profundas transformaciones que se hallan en marcha. Nosotros, los Estados pequeños del tercer mundo, constituimos esa mayoría.

Creo que las Naciones Unidas tienen un importante papel que desempeñar. Desecharlo como irrelevante es fácil, barato, cínico y un grave error. Pocos o ninguno de los aquí presentes tenemos íntimo acceso a los debates privados entre las grandes Potencias. Pocos o ninguno de nosotros tenemos la capacidad de influenciar directamente las reformulaciones de los intereses nacionales que tienen lugar a medida que las grandes Potencias - lenta pero inexorablemente - reorganizan sus relaciones. Sólo en las Naciones Unidas podemos reunirnos como pares formales.

A pesar de sus obvias imperfecciones, las Naciones Unidas siguen siendo la única Organización que tiene al menos la posibilidad de proteger los derechos e intereses de los pequeños Estados. Las grandes Potencias pueden pasarse sin las instituciones internacionales, pero para los namibianos y los palestinos que luchan por su patria, los sudafricanos que combaten el perverso sistema de apartheid, y todos los pueblos oprimidos que luchan contra la invasión y ocupación extranjera, sólo las Naciones Unidas pueden ofrecer un atisbo de esperanza de que sus intereses no caerán en el olvido a medida que las grandes Potencias se reubican.

De manera que las Naciones Unidas están singularmente situadas para ayudar a los Estados más pequeños a adaptarse a las cambiantes formas de la política internacional. Sólo en las Naciones Unidas se protegen nuestros intereses y sólo ellas pueden definir las cuestiones de un modo que ayude a aliviar el doloroso proceso del reajuste. Ello es así por cuanto, cuando la comunidad internacional se expresa por medio de la aprobación de resoluciones de las Naciones Unidas por mayorías abrumadoras, ningún Estado, aunque no apoye plenamente una determinada resolución, puede sentirse amenazado. Todo Estado, cualesquiera sean sus intereses particulares, es a su vez parte de la misma comunidad internacional. Las Naciones Unidas obligan a los Estados - incluso contra su voluntad - a comprender lo que en

última instancia mejor les conviene. Sería un error considerar que las Naciones Unidas son un mero reflejo de intereses nacionales. Las Naciones Unidas hablan por todos y al defender los principios universales de la ley y la justicia trascienden lo nacional y concreto para abarcar también ese núcleo irreductible de los intereses comunes que nos unen, por más que otras cuestiones nos dividan.

Es un axioma que los Estados actúan en su propio interés, pero las Naciones Unidas actúan en el interés de todos. Ningún Estado, por más intransigente o indiferente que sea, puede por ende soslayar indefinidamente a las Naciones Unidas. Un ejemplo de ello es la cuestión que tan vital importancia reviste para la región de donde proviene mi país: la cuestión de Kampuchea. Como estudio de la forma en que las Naciones Unidas han influenciado la definición de los intereses de los Estados Miembros, el caso de Kampuchea es de una importancia mucho más que local.

Cuando el Consejo de Seguridad se reunió por primera vez en enero de 1979, para debatir la invasión y ocupación de Kampuchea, Viet Nam negó inicialmente que hubiera enviado allí fuerza alguna. Posteriormente, sostuvo que sólo había enviado voluntarios. Finalmente, bajo la presión de las Naciones Unidas, admitió que había enviado sus fuerzas armadas a Kampuchea, pero insistió en que ellas habían entrado por invitación del régimen instaurado en Phnom Penh tras la invasión, lo cual en realidad era un intento de sugerir que la carreta había arrastrado a los bueyes hacia Kampuchea.

La presión ejercida por las Naciones Unidas también ha cambiado la posición de Viet Nam respecto de la cuestión fundamental de si es o no necesario un arreglo político en Kampuchea. El 5 de enero de 1980 el canciller vietnamita y algunos de sus "colegas indochinos" firmaron un comunicado relativo a Kampuchea. Dijo el mencionado funcionario: "La situación en Kampuchea es irreversible". Afirmó también que los esfuerzos por "... hallar una solución política para Kampuchea son vanos e inútiles". Seis años y medio después, tras sucesivas resoluciones de la Asamblea General exhortando a su país a que conviniese en una solución política, el canciller vietnamita, en una reunión similar, firmó un comunicado en el que reconocía que tenía que bregar con otros países "para alcanzar una solución política a la cuestión de Kampuchea". El paso entre negar que el problema existiese siquiera, a admitir que existe un problema y que sólo puede resolverse por medios políticos, es sumamente significativo.



Las Naciones Unidas pueden jactarse de este importante primer paso; pero no es más que un primer paso. Para que Viet Nam dé el próximo paso e inicie efectivamente negociaciones en pro de una solución política, las Naciones Unidas deben convencer a Viet Nam mediante el mantenimiento de una firme posición frente al problema. Para que una solución política sea duradera, debe ser justa, abarcar las preocupaciones comunes de las partes involucradas y que no sea simplemente un pretexto para encubrir la forma en que un Estado impone su voluntad a otro mediante la duplicidad.

Esta sencilla verdad fue expuesta clara y brevemente por el Sr. Gorbachev cuando dijo:

"La verdadera sabiduría consiste en no pensar exclusivamente en uno mismo ni, mucho menos, en menoscabo de la otra parte. Todos deben sentir que tienen el mismo grado de seguridad."

Esperamos que los amigos y aliados del Sr. Gorbachev compartan su visión y presten oídos a su consejo.

Al formular propuestas que plasman este principio, las Naciones Unidas también desempeñan un papel vital. Las resoluciones de la Asamblea General sobre la situación de Kampuchea, aprobadas una y otra vez por mayoría abrumadora, esbozan el marco para esta solución. Toman en consideración los intereses de todas las partes involucradas y en no menor término los propios intereses de Viet Nam. Por cuanto reflejan la voz de la comunidad internacional, las resoluciones de las Naciones Unidas no deben considerarse como una victoria de un Estado o de una parte sobre la otra, sino como un triunfo de nuestra humanidad común. Acatar las resoluciones de las Naciones Unidas no debería entrañar una deshonra o una desventaja.

Una reciente propuesta, plenamente acorde con el espíritu de las Naciones Unidas, es la formulada por mi colega de Indonesia, el Profesor Mochtar Kusumaatmadja, en el sentido de celebrar una reunión informal de todas las partes. En esta reunión se tendría en cuenta la circunstancia de que el problema de Kampuchea también debe resolverse entre las diferentes facciones khmer, tal como Viet Nam lo ha sostenido desde que la cuestión de Kampuchea fuera considerada por primera vez por el Consejo de Seguridad en enero de 1979. Pero es evidente que Viet Nam, como Estado cuyas fuerzas armadas y administradores civiles ocupan Kampuchea, es quien tiene en sus manos la singular capacidad de determinar si la proyectada reunión de los khmer será significativa o una mera charada.

Por lo tanto, la propuesta del Profesor Kusumaatmadja preveía que Viet Nam respondiera a la consideración que de buena fe hemos hecho de sus intereses, participando en la reunión de los khmer, aunque no necesariamente en sus fases iniciales. Desafortunadamente, Viet Nam se ha negado a reconocer que están en sus manos las llaves para solucionar el problema de Kampuchea y no se ha avenido a participar en tales conversaciones.

En cambio, ha procurado distorsionar la naturaleza del entendimiento al que se había arribado. Ha proclamado a viva voz que entre los países de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN), y los Estados indochinos se ha llegado a algún tipo de acuerdo y que la comunidad internacional puede contribuir mejor negándose a adoptar una posición en apoyo de una u otra de las partes. El hecho liso y llano es que Viet Nam no ha convenido en participar en ningún debate que conduzca a la retirada de sus fuerzas armadas de Kampuchea y permita a este país resurgir como nación libre e independiente.

Sería una tragedia para los kampucheanos, los pueblos del Asia sudoriental y la comunidad internacional el hecho de que las Naciones Unidas no siguieran adoptando una posición clara y de principio frente a este tema. Fue la presión de las Naciones Unidas lo que obligó a Viet Nam a aceptar el hecho de que existe el problema de Kampuchea y que esa cuestión requiere una solución política. Asimismo, será la constante presión de la comunidad internacional lo que obligará a Viet Nam a aceptar una solución basada en los principios de la Carta de las Naciones Unidas.

Los esfuerzos de la comunidad internacional y de los Estados del Asia sudoriental por hallar una solución se complementan mutuamente y no se excluyen unos a otros. Los países de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN) proseguirán sus esfuerzos de buena fe por encontrar una solución. Nos mantendremos en estrecho contacto con el Príncipe Norodom Sihanouk, quien ha enviado una valiosa señal política a Viet Nam al decidir tomar licencia por un año a fin de ponerse a la disposición de cualquier parte con el objeto de iniciar un debate para avanzar hacia una solución del problema de Kampuchea. El Príncipe Sihanouk sigue siendo el único dirigente kampucheano ampliamente respetado dentro y fuera del país. No podrá hallarse ninguna solución política viable sin la participación del Príncipe Sihanouk. La comunidad internacional debe exhortar a los dirigentes vietnamitas a que conversen directamente con él.

La historia ha demostrado que todos los intentos por negar los cambios internacionales, en última instancia están condenados al fracaso. La realidad tiene el hábito inconveniente de imponerse incluso sobre lo que más se parece al avestruz. A medida que las grandes Potencias trazan nuevos cálculos para conformar la política internacional del próximo siglo, nuestra participación en las Naciones Unidas contribuye a lograr que nos adaptemos a la nueva situación sin demasiada demora y sin mucho dolor. Pero aún siendo conscientes de la necesidad de adaptación, no debemos perder de vista ciertos puntos de referencia constantes y fijos. La Carta de las Naciones Unidas contempla esos puntos de referencia y contiene los principios morales básicos a que debemos aferrarnos, aun cuando nos adaptemos para sobrevivir.

En esto reside la singularidad de las Naciones Unidas. Ellas son un vehículo para la estabilidad, así como para el cambio, y constituyen el medio para lograr que las adaptaciones necesarias e inevitables tengan sentido en lugar de ser cónicas o al azar. Por esta razón, a pesar de los desalientos lógicos que se sufren a lo largo del camino, sigo creyendo que, con la perseverancia y dedicación

de este órgano, será posible hallar soluciones justas para los problemas de Kampuchea, el Oriente Medio, Sudáfrica y muchas otras regiones atribuladas del mundo. Las Naciones Unidas son un instrumento complejo que permite a sus Miembros navegar con seguridad por los traidores arrecifes de la política internacional, a fin de llegar al puerto seguro del orden mundial. Sigue siendo deber de todos nosotros, como Miembros, hallar la voluntad necesaria para utilizar a las Naciones Unidas.

Se levanta la sesión a las 12.45 horas.